



Lope de Vega

La corona derribada y vara de Moisés

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lope de Vega

La corona derribada y vara de Moisés

PERSONAJES:

ARÁN, padre de
MOISÉS.
JEZABEL, su madre.
MARÍA, su hermana.
AARÓN, su hermano.
SÉFORA, su mujer, hija de
YETRO.
JERSAN, su hijo.
ELIECER, su hijo.
REY FARAÓN.
TEREMUSES, su hija, esposa de
ANFISO.
DATÁN, cortesano.
AVIRÓN, cortesano.
LEVÍ, marido de
ROSELIA. (esclavos hebreos)
AVIUD, viejo esclavo hebreo.
ZABULÓN, viejo esclavo hebreo.
REY NEGRO DE SABA
DANTISO, pastor.
UN CAPITÁN GITANO
UN GITANO.
UN ÁNGEL.
UNA VOZ DIVINA.
PRIMER CRIADO.
SEGUNDO CRIADO.
MÚSICA.

Jornada primera

ARÁN, padre de MOISÉS; JEZABEL, su madre; MARÍA, doncella, su hermana; israelitas con un niño pequeño y una cestilla de mimbrés.

MARÍA. Callad, hermoso doncel:
no despleguéis la voz muda;
que sois hijo de Israel
y está la espada desnuda
y alzado el brazo cruel.

Si lloráis. y alguno os siente,
la vida habéis de perder.

ARÁN. Venga el hermoso inocente
que hoy entregado ha de ser
a un tigre que le alimente.

En una montaña obscura
a las fieras le pondré;
que no habrá fiera tan dura
que su pecho no le dé
viendo en él tal hermosura.

Ponelde en esa cestilla.

MARÍA. ¿A mi hermano aquí, señor?

¡Oír tal me maravilla!

ARÁN. No es mucho: tienes amor,
que es padre de la mancilla.

Ponle, piadosa María,
y la vida de tu hermano
de la fortuna la fía.

JEZABEL. ¡Qué paso es éste inhumano,
regalada prenda mía!

¿A dónde os llevan así?
¿Qué habéis merecido vos?
Vivid vos, mátenme a mí.

ARÁN. Ea, encomendalde a Dios
y de paciencia os vestí.

JEZABEL. Poco mis ansias sentís
y poco os mueven mis penas,
pues no os he gozado apenas
tres meses, y ya os partís.

¡Qué casa estrecha os ha hecho
vuestro padre, hijo amado!

Mirad que estáis muy estrecho.
Aunque es mi pecho apresado,
volveos a entrar en mi pecho.

Entraos en él, si el temor
del Rey os hace ausentaros;
que en él estaréis mejor,
pues ningún monte ha de daros
posada con más amor.

¡Y qué callando que estáis!
¡Quién os pudiera decir,
hijo mío, a lo que vais!

¡Mirad que vais a morir!

¿Pues cómo no me abrazáis?

MARÍA. Mi hermano, a vuestra María,

¿qué la decís al partiros?

Yo iré tras vos algún día,

y ahora van mis suspiros

porque llevéis compañía.

¡Que os lleven de esa manera!

¿Por qué Faraón cruel,

que en crueldades persevera,

cualquier hijo de Israel

que nazca manda que muera?

ARÁN. ¡Ea! No hay más que esperar;

vamos de aquí.

JEZABEL. ¿Dónde? ¡Aguarda!

ARÁN. ¿De qué sirve porfiar,

pues una cuanto más se tarda,

menos seguro ha de estar?

Llevarle a un monte pensé,

pero ya mudo de estilo.

JEZABEL. ¿Cómo así?

ARÁN. Le entregaré

a las corrientes del Nilo.

MARÍA. ¡Al Nilo, padre! ¿Por qué?

¿Queréis que se ahogue allí?

¡Inhumanidad sería!

ARÁN. Esto se ha de hacer así.

MARÍA. ¡No, padre!

ARÁN. Callad, María,

dejadme hacer a mí.

Esta cestilla breada

no le dejará anegar.

JEZABEL. ¡Agua del Nilo sagrada,

vos podéis resucitar

una vida ya acabada!

Mi esposo fía de vos

mi mas regalada prenda;

halle buen amigo en vos;

vuestro raudal no le ofenda,

pues que le defiende Dios.

ARÁN. Ya la noche va cerrando;

quiero llevarle; perdona,

hijo, que no procurando

asegurar tu persona,

y si ofendo, ofendo amando.

Si del Rey cruel te fío,

hará en ti un hecho que asombre;

pues mejor es, hijo mío,
cuando es sin piedad un hombre.
probar si la tiene el río.

En esta traza se acierta,
y, aunque es algo peligrosa,
por ser esperanza incierta,
vale más vida dudosa,
mal por mal, que muerte cierta.

Río abajo tengo de ir
cuanto una legua de trecho,
y cuando quiera salir
el sol del rubio antepecho,
volviendo el día a vivir,

le encomendaré esta arquilla.

Tú ten cuidado, María,
estando siempre a la orilla,
a ver si al salir del día
sale alguien a recibilla;

que mucha gitana gente
suelen al amanecer
salir a ver la corriente:
quizá alguien la saldrá a ver,
que rescate un inocente.

Vos, arca que fabriqué
no de oliva o cedro rubio,
sino de juncos que hallé,
de este segundo diluvio
libra al segundo Noé.

Vase ARÁN, llevando el niño en la cestilla.

MARÍA. ¡Que me llevan a mi hermano!

¿Cómo lo podré sufrir?

JEZABEL. ¡Oh, Rey de Egipto tirano!

El cielo te haga morir
por esta inocente mano.

Plega a Dios que él mismo sea
quien castigue tus delitos,
y la ofendida Judea,
que pide venganza a gritos,
por él vengada se vea.

Causa son tus leyes fieras
de mi penoso cuidado;
¡plega a Dios que cuando quieras
hacer que muera ahogado,
que ahogado tú por él mueras!

Ya me parece, María,

que es hora de que a la orilla
salgas, que se viene el día;
ten cuenta con una arquilla
adonde va mi alegría.

MARÍA. Sentada estaré en la arena.
mi cofrecillo esperando.

JEZABEL. Ver un hijo me da pena.
no en tierra ajena penando,
hijo, sino en agua ajena.

Vanse. Tocan, cantan esta letrilla con pandero y sonaja:

Frescas aguas alegres
del fértil Nilo,
hoy gozáis de los ojos
del ángel mío.
Sol dorado y puro
que con claros visos
al salir resplandeces
bañando el río;
polvorosas arenas,
peñascos lisos,
hoy gozáis de los ojos
del ángel mío.

Salen ANFISO y TEREMUSES, su esposa, y los dos criados, galanes.

ANFISO. Bien, por cierto, habéis cantado.
y encarecido mejor
la hermosura y el valor
de un ángel que traigo al lado.

Que es tanta su gallardía.
que usurpa el ser y aun alegra.
de su luz, la noche negra,
de su rostro, el blanco día.

Sobre el arena os sentad
para que las aguas gocen,
pues por su reina os conocen,
de vuestra mucha beldad.

¿No os dan gusto las corrientes
del Nilo, famoso y claro?

TEREMUSES. En nada, esposo, reparo,
son mis gustos diferentes.

ANFISO. Qué, ¿tan diferentes son?

TEREMUSES. Que nada alegrar me puede
sino es un hijo que herede
el reino de Faraón.

ANFISO. Ea, regalada esposa,
que el cielo nos le dará.

CRIADO 1. ¡Qué melancólica está
mi señora!

CRIADO 2. Y qué enfadosa.

Sentados están; tratemos
cosas de gusto entretanto.

¿Cómo os va de amor?

CRIADO 1. Espanto
al mundo con mis extremos.

CRIADO 2. ¿Cómo os trata Polidora?

CRIADO 1. Mal, por Dios; es una ingrata.

CRIADO 2. Mil años ha que os maltrata.

CRIADO 1. Está hecha una tigre ahora

CRIADO 2. ¿De celos?

CRIADO 1. Si me celara
Polidora, ¿qué más bien?

Todo mi mal es desdén.

CRIADO 2. El demonio la esperara.

¿Y qué sentís de eso?

CRIADO 1. Siento
mil muertes.

CRIADO 2. ¿Tanto lloráis?

Mártir de lo que esperáis
os ha hecho el sentimiento.

Yo diferente camino
para mis empresas hallo:
si me quieren, quiero y callo:
si no, no me determino.

CRIADO 1. ¡Quién estuviera vencido
como vos lo estáis, Diloró!

CRIADO 2. Yo burlo y río.

CRIADO 1. Yo lloro.

CRIADO 2. Yo me celo.

CRIADO 1. Yo me he ardido.

CRIADO 2. Como sois la misma cera,
así contra vos porfía,
pero en mí no dura un día
la afición m...

TEREMUSES. Esposo, ¿no veis aquello?

ANFISO. ¿Qué he de ver?

TEREMUSES. ¡Gran maravilla!

¿No veis aquella cestilla?

ANFISO. ¿Qué será?

TEREMUSES. Repara en ello.

¿Qué puede llevar allí?

ANFISO. Novedad es peregrina.

TEREMUSES. El río abajo camina;
¿no entrarán por ella?

ANFISO. Sí.

CRIADO 1. Bernardo, aquello me eleva:
una cestilla breada
lleva el agua acelerada.

¿no sabremos lo que lleva?

ANFISO. ¿Quién entra por ella?

CRIADO 1. Yo.

ANFISO. Y si vos no, yo entraré.

TEREMUSES. Mucho lo agradeceré.

ANFISO. Yo quiero entrar.

CRIADO 1. Eso no;

furiosa corriente, espera;
que algún tesoro estimado
debes de llevar hurtado,
pues huyes de esa manera.

Éntrase el criado 1.

CRIADO 2. Ya Bernardo se arrojó
al agua, y ya casi llega.

ANFISO. Ya la cogió, ya navega.

TEREMUSES. Sumo contento me dio.

Sale MARÍA, hermana de MOISÉS.

MARÍA. ¡Oh, gran ventura! En el río
entran ya por la cestilla;
que han de salvarte confío.

TEREMUSES. Llégate hacia aquí, esclavilla.

MARÍA. Dios te guarde, hermano mío.

CRIADO 2. Mira, que llama la Infanta.

MARÍA. Guardeos Dios, bella señora.

De rodillas.

TEREMUSES. Doncella hermosa, levanta.

¿Qué estabas mirando ahora,
di, con eficacia tanta?

¿Es tuyo acaso un cestillo
que la corriente llevaba?

MARÍA. No a fe; burlas en decillo.

TEREMUSES. De ver cómo navegaba,
señora, me maravillo.

Algo debe de ir con él,
que va breado y cubierto.

Sale el criado 1. con la cestilla mojada. Dentro el niño.

CRIADO 1. Bien pensó el agua, doncel,
daros a la orilla muerto;
que como es hembra es cruel.

Pero no ha de ser así,
si no fue la voz postrera
un flaco grito que oí.

TEREMUSES. Un gran premio de mí espera.

CRIADO 1. ¿Qué más que servirte a ti?

Manda abrir ese secreto.

MARÍA. ¡Oh, no pensada aventura!

CRIADO 1. Que estoy contento. Os prometo
que es, sin duda. una criatura.

TEREMUSES. ¿Llora?

CRIADO 1. Lloraba, en efeto.

MARÍA. ¿Cómo criatura? Callad.

¿Quién había de usar con ella
tan inhumana crueldad?

TEREMUSES. ¿Traéis estuche, doncella?

Abrí, un cuchillo me dad.

MARÍA. Yo abriré el cestillo.

TEREMUSES. No
por mi mano le he de abrir.

MARÍA. ¡Ay, señora, que lloró!

TEREMUSES. Ya de hoy más podrá reír,
pues a mi poder llegó.

MARÍA. Ya está la cestilla abierta.

CRIADO 1. ¿Quién vio tan gran maravilla?

MARÍA. Que, es criatura es cosa cierta.

Bien lo habéis hecho, cestilla,
pues no la trajistes muerta.

TEREMUSES. ¡Qué milagrosa hermosura!
¡Qué ojos y qué cabellos!

CRIADO 1. Vos tendréis buena ventura.

TEREMUSES. No lloréis más, ojos bellos;

que estáis en parte segura
salid del lugar estrecho

que alguna cruel os dio,
y reclinaos en mi pecho
hasta que os mande hacer yo
de grana de Tiro un lecho.

¡Estoy loca de alegría!

ANFISO. Y yo, por ver que lo estáis,

lo estoy mucho, esposa mía.

TEREMUSES. Mi ángel, ¿qué me miráis?

¿Qué me decís, luz del día?

MARÍA Muchacha debe de ser;
que siempre naturaleza
de industria suele poner,
como es dote la belleza,
más belleza en la mujer.

Da licencia que lo vea:

¡ay, señora, que es varón!

TEREMUSES. Muy en buen hora lo sea;
que mi padre Faraón
un bello nieto granjea.

CRIADO 2. Muy bien te podemos dar
el parabién del hallazgo.

TEREMUSES. ¿Qué mayor bien que hallar
sucesor de un mayorazgo
que se había de enajenar?

MARÍA. ¿Luego prohíjase ya?

TEREMUSES. Desde ahora le prohijo
si Anfiso licencia da.

ANFISO. Llámenle todos mi hijo.

CRIADO 1. Suertes son que el cielo da.

Veis aquí un niño que ha un hora
que se vio casi anegado,
y se ve rey casi ahora.

CRIADO 2. Venturoso salto ha dado.

CRIADO 1. Ya es hijo de mi señora.

MARÍA. ¿No querías darle a criar?
Porque podré darte un ama
que le sabrá regalar.

TEREMUSES. Si es virtuosa, la llama.

MARÍA. Mucho.

TEREMUSES. Pues vela a llamar.

MARÍA. ¡Oh, venturosa ocasión,
a mi misma madre trayo!

Vase MARÍA. Entran el rey FARAÓN, DATÁN, AVIRÓN, israelitas.

TEREMUSES. ¿Vistes mayor perfección?

Por el agua vino un rayo
que me enciende el corazón.

FARAÓN. Por esa plaza deseo
ver volar ese neblí.

ANFISO. ¿No es el Rey éste que veo?

TEREMUSES. ¡Oh, cielos, mi padre aquí!
¿Quién le ha dicho mi trofeo?

FARAÓN. Hija, mucho has madrugado.

TEREMUSES. ¿Dónde vais, señor?

FARAÓN. A caza;
que estoy algo disgustado:
¿y tú? ¿A ver el Nilo?

TEREMUSES. Es traza
con que alivio mi cuidado;
porque hoy en el agua hallé
todo cuanto deseaba.

FARAÓN. Bien; ¿hallaste en agua qué?

TEREMUSES. Hallé un hijo.

FARAÓN. ¿Dónde estaba?

TEREMUSES. De las aguas le saqué.

FARAÓN. Cuéntame tal maravilla.

TEREMUSES. Ves aquí el hijo, y venía
en esta frágil cestilla.

FARAÓN. Tu hallazgo me da alegría.

DATÁN. Y a todos nos maravilla.

TEREMUSES. Como vi tal hermosura.
nombre de hijo le di;
tú lo confirma.

DATÁN. ¡Oh ventura!
Lleno de envidia nací,
pues la tengo a una criatura.

AVIRÓN. Ya tenemos sucesor
del reino, si hijo faltare
a Faraón, mi señor.

FARAÓN. Quien tu hijo le llamare
merecerá mi favor.

DATÁN. ¿No es éste gran desvarío?

AVIRÓN. No hay cosa que menos cuadre
a un noble y honrado brío,
porque, ¿quién puede ser padre
de un rapaz que trajo el río?

FARAÓN. Manda que se dé a criar,
que yo por esa ribera
me entretengo en arbolar
una barquilla ligera
que aligere mi pesar.
Adiós, hija; y vos, Anfiso,
quedaos adiós, y gozad
lo que el Nilo daros quiso.

ANFISO. El cielo a tu majestad
guarde.

Vanse el REY, DATÁN y AVIRÓN. Salen MARÍA y JEZABEL.

JEZABEL. ¡Qué raro tu aviso!
Que de esa manera puedo

gozarle, si yo le crío,
sin alteración ni miedo.
¡Oh Nilo piadoso mío,
en obligación te quedo!

MARÍA. ¡Callad, madre, que os escucha
la amorosa y noble Infanta!

JEZABEL. Mi gusto en el alma lucha.

MARÍA. Aunque es vuestra dicha tanta,
le...

Sabeldo disimular
si no le queréis perder,

CRIADO 1. Mas ¡si no sabe llorar!

TEREMUSES. ¿Dar pena había de saber
quien tal gusto sabe dar?

MARÍA. Ya te traigo el ama aquí.

JEZABEL. A ver lo que mandas vengo,
por ser llamada de ti.

TEREMUSES. Quiéroos dar un bien que tengo.
¿queréis vos mis bienes?

JEZABEL. Sí;

y estimarélos en tanto
como tú estimarlos puedes.

TEREMUSES. Merécenlo; no me espanto;
pero yo os haré mercedes.

ANFISO. ¡Lo que le quiere es encanto!

Vase ANFISO.

TEREMUSES. Mirad a vuestro criado,
que es hermosísimo a fe;
y más que hermoso, amado;
si es hermoso o no, no sé.

JEZABEL. ¡Más bien es afortunado!

TEREMUSES. ¿De hermosura no conoces?

JEZABEL. Tiene alguna,

TEREMUSES. ¿Como alguna?

El cielo está dando voces
que es este infante la luna.

JEZABEL. ¡Pues muchos años le goces!

TEREMUSES. ¿Has tenido tú algún día
hijo que llegase aquí?

JEZABEL. Uno murió que tenía.

TEREMUSES. ¿Más hermoso?

JEZABEL. Tanto, sí.

TEREMUSES. Tu afición te lo decía.

JEZABEL. ¡Fue mucha su perfección!

TEREMUSES. ¿Qué tuvo?

JEZABEL. Unos ojos bellos.
TEREMUSES. Y esos míos, ¿no lo son?
JEZABEL. Mucho parecen a ellos.
TEREMUSES. Eso en tu imaginación.
MARÍA. ¿Hay mayor graciosidad?
Mi madre a la Infanta hermana
engaña con la verdad,
y hablan de una misma cosa
y de una misma beldad.
TEREMUSES. Ya no te le quiero dar,
que, según le has desdeñado,
no le sabrás regalar.
MARÍA. ¡Muy buen lance habéis echado!
Madre, no podéis callar.
JEZABEL. Yo le trataré, señora,
como si mi hijo fuera.
MARÍA. ¡Creedme que ya le adora!
JEZABEL. Si es tardar en que le quiera.
yo le quiero desde ahora.
¡Hijo de mi corazón,
yo os quiero como a mi vida!
TEREMUSES. Ansí ganas mi afición.

Entra ARÁN, padre de MOISÉS, solo.

ARÁN. Tras mi esperanza perdida,
es esta buena ocasión;
aquí mi cestilla hallo,
y mi hijo hallo aquí.
MARÍA. Muy bien sabrá regalallo
mi madre.
TEREMUSES. ¿Es tu madre?
MARÍA. Sí.
ARÁN.
Mucha ventura sería,
pues que con seguridad
le tendré en mi compañía.
Jezabel, ¡qué ociosidad
esta vida todo el día!
JEZABEL. Mandóme llamar la Infanta
para darme este criado.
ARÁN. ¿Criado?
MARÍA. ¿Y eso os espanta?
ARÁN. ¿Y ya le habéis aceptado?
MARÍA. ¡Que no es la ocupación tanta!
TEREMUSES. Ya le aceptó.
ARÁN. Norabuena,

pues lo manda Vuestra Alteza;
quien tan grande bien me ordena
quitárame su belleza
hasta parte de su pena.

¿Y qué nombre le habéis dado?

TEREMUSES. Yo ninguno.

ARÁN. Justo es
darle alguno acomodado.

TEREMUSES. Pues llamaráse Moisés,
que es nombre: en el agua hallado.

ARÁN. ¡Bien, señora, le conviene
ese dichoso apellido!

TEREMUSES. Éste le doy.

ARÁN. Y ese tiene.

JEZABEL. ¡Seáis, hijo, bien venido,
si en el nombre de Dios viene!

Vanse todos con música, llevando la madre a MOISÉS. Sale LEVÍ, cautivo hebreo.

LEVÍ. En aquesta ribera
levanto al cielo lastimoso estilo
de aquella edad primera
donde mis quejas me arrebató el Nilo
haciendo mis lamentos
consonancia tristísima a los vientos.
¡Ay, ciudad soberana,
Jerusalén, Jerusalén amable,
y cuán de buena gana,
sólo por no me ver tan miserable,
abrazara la muerte
aunque costara no volver a verte!

Aquí, al cruel gitano
sirvo de hacer adobes, y es mi estilo
henchir el aire vano
de quejas, y de lágrimas el Nilo,
que son causa segunda
por qué dos veces en el año inunda.

Ya acabé mi tarea;
¡ay, si pudiera descansar ahora,
pero en vano desea
descanso un alma que desdicha llora;
ni es posible que viva
sino llorando voluntad cautiva!

Mi esposa fue a traerme
de la ciudad algún sustento pobre,
¡ay, si pudiera verme
cual se vio Niso convertido en roble,

porque así no sintiera
golpes tan bravos de fortuna fiera!

Dicen dentro. ROSELIA, mujer de LEVÍ, sale.

ROSELIA. ¡Déjame, cruel gitano!

GITANO. Pues hazme un favor honesto.

LEVÍ. Mi esposa llora. ¿qué es esto?

ROSELIA. ¿Por qué me ofendes, tirano?

LEVÍ. ¿Quién te ofende, oh vida mía?

Iré a perderla por ti;

que mis celos van en mí:

no quiero más compañía.

Entrase LEVÍ. Sale ROSELIA cantando, mujer de LEVÍ, y un gitano tras ella.

GITANO. Yo no pretendo forzar
tu voluntad, ni es razón.

ROSELIA. Este hombre me ha de agraviar.
que una determinación
no da a la razón lugar.

Bien será fingir con él
porque me deje y se vaya.

GITANO. Si eres la flor de Israel,
permite que una vez haya
flor sin espinas en él.

Después que te vi te adoro,
y alguna clemencia espero
de esas finas hebras de oro,
ya que no por lo que quiero,
siquiera por lo que lloro.

Sale LEVÍ sin que le vean.

LEVÍ. Aunque no es cordura hacer
en la mujer experiencia,
yo la hago en mi mujer
a ver si hay hembra en ausencia
allá en cuanto pueda ser.

Entre estas ramas metido
veré lo que pasa aquí
sin ser de los dos sentido.

GITANO. ¿Qué, en fin, nada harás por mí?

ROSELIA. ¿Qué pretendes?

GITANO. Ser querido.

ROSELIA. ¿Qué me ofreces?

GITANO. Afición.

ROSELIA. ¿Y esa cierta?

GITANO. Verdadera.

LEVÍ. ¡Oh celosa confesión!

ROSELIA. ¿Y bastará que te quiera?

GITANO. No quiero más galardón.

LEVÍ. Sin duda aquí he de perder
gusto, paciencia y honor;
ten firme, ingrata mujer.

ROSELIA. ¿Que no quieres más que amor?

GITANO. No.

ROSELIA. Pues no le puede haber.

Fingir contigo quería
porque me dejaras ir;
pero no puedo.

GITANO. Porfía

fiera en hacerme morir;
yo te venceré algún día.

ROSELIA. Y ahora vete.

GITANO. Sí, voy

por no disgustarte más;
mira cuán amante soy.

¿Has de quererme?

ROSELIA. ¡Jamás!

GITANO. Ingrata, pues yo me estoy.

Sale LEVÍ.

LEVÍ. No hay para qué, gentilhombre.

GITANO. ¡Hombre aquí!

LEVÍ. Y hombre de bien.

GITANO. ¿Quién eres?

LEVÍ. No tengo nombre.

ROSELIA. Es mi esposo.

GITANO. ¡Eso también!

Perdóname, no te asombre
ver que en parte sospechosa
con tu esposa me has hallado.

LEVÍ. Seguro estoy de mi esposa.

GITANO. Corrido voy y agraviado;
¡oh tirana más que hermosa!

Vase el gitano.

LEVÍ. ¡Qué bien se está la mujer
en su casa recogida!

ROSELIA. ¿Hay en mí de qué temer?

LEVÍ. Sí, que la mujer querida

poco o mucho ha de querer.

¿Qué traes de la ciudad?

ROSELIA. Pan negro y hierbas.

LEVÍ. Y basta;

pan negro y hierbas me dad;

que con tener mujer casta

vive un hombre en amistad.

Y vamos, veréis allí

vuestros dos hijos, amiga.

ROSELIA. Que ha mucho que no los vi:

amor a verlos me obliga;

sea presto, pues, vení.

Baile. Éntranse. Tocan. Sale MOISÉS, pequeño niño.

MOISÉS NIÑO. Poco importa ser niño;

sí tener bríos de varón perfeto;

que aunque espada no ciño,

no quiero que me pierdan el respeto.

Salen ARÁN y JEZABEL, sus padres.

ARÁN. ¿Qué es esto, mi criado?

JEZABEL. Moisés querido, ¿quién os ha enojado?

MOISÉS. Hijo soy de la infanta,

y nieto soy de Faraón por ella,

y el vil que me levanta

que soy espurio y no nacido della,

como villano miente.

ARÁN. ¿Pues quién dice otra cosa diferente?

JEZABEL. No le descubriremos

quién es ahora, porque no se engría.

ARÁN. Dejad: tiempo tendremos;

que aun hasta ahora aún no ha llegado el día,

ni llegará tan presto;

sólo importa que viva como honesto.

MOISÉS. En fin, queridos amos:

desciendo de los reyes Faraones.

ARÁN. Así lo confirmamos.

MOISÉS. Pues tú, villano, ¿para qué te pones

en puntillas conmigo?

¿Quieres a tu señor por enemigo?

Entran FARAÓN, la INFANTA, DATÁN y AVIRÓN.

TEREMUSES. Desde mi retrainiento

oigo a mi hijo con algún enfado;

¡oh, mi dulce contento!
¿Qué enojo es éste? ¿Quién os ha injuriado?
MOISÉS. ¡Oh madre, en tu presencia
a mis enojos hago resistencia!
FARAÓN. Moisés, ¿qué habéis habido?
Decidme, ¿quién se atreve a daros pena?
ARÁN. Es niño; nada ha sido.
TEREMUSES. Tomad, mi bien, al cuello esa cadena;
que en lugar de diamante
va por joyel mi corazón amante.
MOISÉS. ¡Querida madre!
TEREMUSES. ¡Hijo!
MOISÉS. ¿Es verdad que lo sois? Desengañadme,
que aún no sé quién me dijo
una razón o sinrazón infame.
FARAÓN. ¿Qué te dijeron? Dilo.
ARÁN. Burlando, que le hallaron en el Nilo;
y está el rapaz por esto
que quiere reventar de enojo y rabia.
TEREMUSES. ¿Con mi hijo se ha puesto
nadie del reino? En eso a mí me agravia.
No; mi hijo sois, bien mío:
miente quien dijo que os halló en el río.
FARAÓN. Moisés, no lloréis tanto;
que yo haré que os tengan más respeto.
Y, por el cielo santo,
que vuestro abuelo soy y vos mi nieto,
y mi misma persona,
y en fe de aquesto os pongo mi corona.

Pónele la corona de laurel y queda muy ufano.

TEREMUSES. Muy bien parecéis con ella,

MOISÉS. Beso tus Reales pies.

FARAÓN. ¿Estáis contento, Moisés?

Ya sois coronada estrella.

¡Hija!

TEREMUSES. ¡Señor!

FARAÓN. Un aviso

quiero daros, escuchad:

encubridle esta verdad;

mirad bien cómo os lo aviso.

Hablan al oído.

JEZABEL. Mirad qué loco ha quedado;

sepa quién es, que se pierde.

MOISÉS. Quien el respeto me pierde
venga a verme coronado.

ARÁN. Por no verle profanar
la israelita cabeza,
me voy.

JEZABEL. A entonarse empieza,
pero yo lo haré amansar.

Vanse los padres.

DATÁN. ¡Que tal el Rey haya hecho!
¡Tanto favor a un mestizo!
Este rapaz, ese chico,
¡oh, yo le tengo en el pecho!

Estando coronado el niño, y hablando aparte FARAÓN y la INFANTA, canta una voz esta inspiración y atiende a ella MOISÉS.

VOZ. Ufano niño Moisés,
que con la ajena corona
la majestad representas
que el cielo te ha dado propia.
Esas grandezas desprecia:
rompe las egipcias ropas;
que te han guardado los cielos
sólo para que las rompas.
Contra los rayos de Egipto
es la comisión que gozas,
y honrarte con honra tuya
es cosa a tu oficio impropia.

Esa corona que ciñe
tu cabeza vencedora,
ha de ser, por causa tuya,
deshecha, arruinada y rota.
Deséchala de tus sienes;
que es doble traza alevosa
lo que has de ofender entonces
estimarle tanto agora.

MOISÉS. No sé quién me habla al alma,
que me enseña, aunque me asombra;
que soy capitán, me dicen,
contra las gitanas copias.
Si esto es así, Faraones,
guardaos allá vuestras honras;
que ya no quiero en Egipto
reinos, cetros, ni coronas.

Arroja la corona a los pies del REY.

FARAÓN. Dioses sagrados, ¿qué es esto?

TEREMUSES. ¡Hijo! ¿qué has hecho?

MOISÉS. Señora,

no sufre bien mi cabeza
el peso de tanta honra.

DATÁN. Pronóstico es este Rey

que ocultos misterios brota;
que de un prodigio no es mucho
nazcan cosas prodigiosas.

Este suceso da gritos,
y dice, porque los oigas,
que ha de deshacer tu imperio
quien arrastra tu corona.

FARAÓN. Dejadnos solos, Infanta.

TEREMUSES. De una inocencia te enojas;
pues tú lo mandas, iréme.

FARAÓN. Es mi gusto, por ahora.

Vase. Apártanse el REY, DATÁN y AVIRÓN a hablar.

AVIRÓN. Ver tu corona ofender,
¿qué puede representar,
sino que la has de perder?

DATÁN. Y que te la ha de quitar
quien te la hizo caer.

FARAÓN. Es, sin duda; mi temor
lo mismo me pronostica.

DATÁN. Pues muera.

FARAÓN. Téngole amor;
pero si se verifica,
mi desdicha ¿no es peor?

AVIRÓN. Que muera es acuerdo mío
sin duda conviene así;
de esta manera desvió
la envidia que concebí
contra este hijo de un río.

FARAÓN. Sacalde públicamente;
porque la ciudad se asombre
y en su castigo escarmiente.

DATÁN. Si éste llegase a ser hombre
se ha de hacer rey de tu gente.

Muera, Rey: esto conviene.

FARAÓN. Ya no estoy determinado:
mi consejo le condene.

Vase el REY.

AVIRÓN. ¡Qué fuerza la envidia tiene
en un malintencionado!

Preso vas.

MOISÉS. ¡Yo, preso yo!

Si lo manda el Rey, iré.

AVIRÓN. El Rey mismo lo mandó.

MOISÉS. Pues de su afición, ¿qué fue?

DATÁN. Fue mal fundada, y cayó.

Llévanle maltratado a MOISÉS. Salen LEVÍ y ROSELIA.

LEVÍ. Ya que a la madre común
nuestros hijos entregamos
y su soledad lloramos
no bien conocida aún,
vivamos en la ciudad,
donde tengamos testigos
de nuestra necesidad;
que entre deudos y entre amigos
siéntese mal la amistad.

ROSELIA. Yerras, aunque me perdones,
y no sé qué hombre procura
dejar la vida segura
y buscar las ocasiones.

¿Qué coches o qué caballos
tienes en qué pasear?

LEVÍ. Sólo tengo el deseallos.

ROSELIA. Y este vano desear
te trae sin duda a curallos.

Para hacer ladrillos duros,
en la falda de la sierra
estábamos mas seguros;
que hombres que tratan en tierra
no han menester fuertes muros.

LEVÍ. Aquí tengo de vivir:
algún gitano busquemos
a quien podamos servir.

ROSELIA. Tu oficio es mandar: callemos.

LEVÍ. Y el tuyo no resistir.

Suena trompeta y dicen dentro: ¡Muera el traidor!

Mas ¿qué alboroto y rumor
es aquel? Trompeta suena,
y dicen: ¡Muera el traidor!
¡Cómo renováis mi pena,
vivas memorias de amor!

Vamos a saber lo que es.

Vanse. Toca trompeta, y sale MARÍA.

MARÍA. Infanta, noble señora,
¿cómo estas cosas no ves,
cuando todo el pueblo llora
la muerte de tu Moisés?

Ven, si ya no gustas dello;
que entre la grito espantosa,
si dan lugar, podrás vello
con una sogá afrentosa
atada al hermoso cuello.

No me escucha: a su aposento
voy a advertirla del caso
más presurosa que el viento.

Vase. Toca trompeta. Salen los padres de MOISÉS, ARÁN y JEZABEL.

ARÁN. Paso, Babilonia, paso;
que es niño, y grande el tormento.

Mirad al vuestro criado,
hijo en sangre y en amor,
su privanza en qué ha parado.
¡Oh Rey, gran castigador,
quién te verá castigado!

JEZABEL. No lloro el verle morir,
ni siento que el Rey lo mande.

ARÁN. ¿Pues esto podéis sufrir?

JEZABEL. El sentimiento es tan grande
que no me deja sentir.

Sacan al niño MOISÉS con una sogá al cuello, atadas las manos, y un verdugo detrás con una espada desnuda. DATÁN y AVIRÓN como jueces, y algunos soldados; cantan los músicos.

MÚSICOS. Sea notorio en Babilonia
y en todo el gitano imperio,
cómo este muchacho muere
por sospechoso en el reino.
Mándale matar el Rey
para asegurarse desto;
que no hay corona segura
cuando el que priva es soberbio;
y muere públicamente,
porque sirva de escarmiento,
que el despreciar las coronas

se compra por este precio.

Sale la infanta TEREMUSES con una espada desnuda, y MARÍA y los dos criados.

TEREMUSES. Teneos, fieros verdugos;
que no ha de morir por eso
un inocente que adoro
y un humilde que defiendo.
Éste es mi hijo: estimalde,
pues como a hijo le quiero;
que no es posible que el Rey
haga este agravio a su nieto.
Vosotros sois, envidiosos,
los que habéis tratado de esto
por quitar a Babilonia
este cristalino espejo.
Y si mi padre lo manda,
no se entiende que está ciego:
amigos, ¡viva Moisés!
¡Viva! que yo lo defiendo.

Dentro: ¡Viva Moisés! Y pónese el REY al corredor.

FARAÓN. Tus voces, hija, me mueven,
y el amor que yo le tengo.
¡Viva Moisés! Desatalde.
DATÁN. Muero de envidia.
AVIRÓN. Y yo muero.
TEREMUSES. Vivas, señor, largos años.
MOISÉS. Muchas edades tus reinos.
JEZABEL. Tu fama infinitos días.
ARÁN. Tu nombre siglos eternos.
TEREMUSES. Y porque han visto a mi hijo
con voces de pregoneros,
quiero que le vean triunfando
si tú no dis... de ello.
FARAÓN. ¡Triunfe!

Quitase de la ventana el REY.

TEREMUSES. Venga el palio, amigos,
en lo que del blanco cuello
la infame sogas desato.
DATÁN. ¡Oh, envidia!
AVIRÓN. ¡Oh, cruel infierno!
TEREMUSES. Quiéroos, Moisés, abrazar,
pues hoy para mí nacéis.

ARÁN. Deudas tenéis que pagar
a la Infanta, que haréis
mucho en poderlas contar.

Traen un palio los criados.

CRIADO 1. El palio está aquí, señora.

TEREMUSES. Entrad en él y triunfad;
que este honor os falta ahora;
ea, esas varas tomad.

DATÁN. ¡Oh, confianza traidora!,

Pero vaya ahora honrado,
prive y suba cuanto pueda
el rapaz entronizado;
que no ha parado su rueda,
pues mi envidia no ha parado.

Entran debajo del palio MOISÉS y la INFANTA. Toman las varas los dos criados,
DATÁN y AVIRÓN. Tocan música. Dan una vuelta al tablado con gran majestad, y
éñtranse. Dase fin a la primera jornada. Baile de a cuatro.

Jornada segunda

Salen ARÁN y JEZABEL, padres de MOISÉS.

ARÁN. ¿Eso ha pasado en esa ausencia breve?

JEZABEL. En estos pocos años que has faltado,
grandes mercedes nuestro hijo debe
al enemigo de Israel airado;
todos le estiman, nadie se le atreve;
que está Moisés tan bien acreditado,
que hace grande caudal de su esperanza
el que tenerlo por amigo alcanza.

Hase mostrado valeroso y fuerte,
tanto, que el Rey de su valor se fía,
y a las empresas de momento y suerte
por general con su bastón le envía;
rebélase Sabá: la historia advierte,
y con una lucida compañía
partió Moisés para allanar la tierra;
ya seis meses y más que está en la guerra.

ARÁN. ¿Ha escrito al Rey de sucesos algo?

JEZABEL. Escribió que Sabá se le allanaba.

ARÁN. Mucho gusto que el Rey le estime en algo,
pero no verle en nuestra ley no alaba.

JEZABEL. El juicio pierdo y del sentido salgo;
la paciencia y la vida se me acaba,
en no le haber quién es manifestado.

ARÁN. Sabrálo luego como sea llegado.

Salen FARAÓN y la INFANTA y el criado 1.

FARAÓN. Así que mi general
deja ya a Sabá rendida.

CRIADO 1. No se vio valor igual.

FARAÓN. Prospere el ciclo su vida;
que es valiente y es leal.

¿Cuándo llegará?

CRIADO 1. Cargado
de victoriosos despojos
mira ya el Nilo sagrado.

FARAÓN. Venga en buen hora a mis ojos.

TEREMUSES. Bien le tengo deseado.

FARAÓN. Haga fiestas la ciudad
y Moisés entre triunfando.

TEREMUSES. Yo beso a tu majestad
las manos.

FARAÓN. Voyle pagando
las obras de su lealtad.

ARÁN. Advertís, dicen, que llega
coronado de victorias.

FARAÓN. En esa espaciosa vega
haga alarde de sus glorias
quien nuevos reinos me entrega.

Sáquese un carro triunfal
lleno de columnas de oro,
en que venga el general,
recíbanle con decoro
a sus venturas igual.

CRIADO 1. ¿Quién le ha de tirar?

FARAÓN. Cautivos
de la rebelde Sabá.

ARÁN. No habrán visto tal los vivos.

FARAÓN. Y la nobleza vendrá
honrándole a los estribos.

Vengan todas las banderas
que al enemigo ha quitado,
arrastrando las primeras;
haréle en burlas honrado,
pues él a mí me honra en veras.

ARÁN. ¡Viva Vuestra Majestad
mil años, para que aumente
a Moisés en calidad!
TEREMUSES. Hoy llegará vuestro ausente
y mi hijo a la ciudad.
Lleno de victorias viene:
mirad si estará contenta
madre que tal hijo tiene.
JEZABEL. Yo estoylo mucho.
TEREMUSES. Sustenta.
mucho honra.
ARÁN. Así conviene.
TEREMUSES. Y vos, amo de mi hijo,
¿dónde habéis estado?
ARÁN. ¿Yo?
En un viaje prolijo,
JEZABEL. Dos horas ha que llegó.
ARÁN. Al tiempo del regocijo.

Dentro ruidos como que corren caballos, con gran grita, y dicen dentro: ¡Aparta, aparta!
sonando ruido de cascabeles, y prosigue ARÁN:

Que ya la ciudad comienza
a celebrar la victoria.
TEREMUSES. Hágase al mundo notoria.
JEZABEL. Mil reinos tu hijo venza.
ARÁN. Mil siglos dure su gloria.
FARAÓN. Ya debe de haber llegado,
pues tal alboroto suena.
TEREMUSES. Téngole tan deseado,
que no se cómo el arena
del gran Nilo no he pisado.
FARAÓN. Vamos a mi corredor,
donde veremos pasar
en su triunfo al vencedor.

Vanse el REY, la INFANTA y el criado 1, y quedan ARÁN y JEZABEL.

ARÁN. Aquí le quiero esperar;
que aquí le hablaré mejor.
Ya basta el silencio, basta:
sepa Moisés como es
de la israelita casta,
y gaste en lloros después
el tiempo que en fiestas gasta.
Muestre aquí cómo es verdad
que de fieles padres nace,

y con santa libertad,
las honras que el Rey le hace
trueque por su enemistad.

JEZABEL. Ya llega el tiempo, y es cosa
muy rara ver la grandeza
de la ciudad populosa;
el caer de tanta alteza
vuelta ha de ser peligrosa.

Tocan música y entra MOISÉS muy bien aderezado en un carro, coronado de laurel;
algunas banderas arrastrando; delante acompañamiento. Tiran el carro cuatro guineos de
Sabá con sus reatas como caballos. Viene en el carro MOISÉS en una silla alta, y el REY
DE SABÁ, negro, atado con una cadena, y cautivos atados a la misma silla de MOISÉS.
Dan una vuelta estando el rey FARAÓN y la infanta TEREMUSES, DATÁN y AVIRÓN
arriba, en el corredor, y abajo, en el tablado, ARÁN, JEZABEL, sus padres de MOISÉS, y
dice ARÁN:

ARÁN. ¡Que tal a mi hijo veo!
De puro contento lloro.
¡Oh pueblo cautivo hebreo,
por aquel gran Dios que adoro
que ya verte libre creo!

DATÁN. De envidia deste hebreo
estoy reventando aquí.

FARAÓN. ¿Qué os parece del trofeo
con que entra Moisés, decí?

AVIRÓN. Que lo miro y no lo creo.

DATÁN. No tienes en la memoria
la corona derribada,
pues que le das tanta gloria.

FARAÓN. Si fue culpa, ya es pasada.

AVIRÓN. Ya pasó, mas es notoria.

JEZABEL. ¡Qué majestad representa
si la empleara mejor!

FARAÓN. Hoy en mi silla te asienta,
valeroso vencedor
de aquella ciudad exenta.

¿Cómo vienes?

MOISÉS. Tan honrado
con el favor que me has hecho,
que me doy por bien pagado
de ver herido mi pecho
y mi cuerpo desangrado.

Llegué, su gente vencí;
que como tu majestad,
por ser yo tuyo, iba en mí,
rindióseme la ciudad

y al Rey traigo preso aquí.

Ya subo a besar tus pies
y a mi madre.

FARAÓN. No es razón:

triunfad y venid después:

extiéndase la opinión
del valeroso Moisés.

TEREMUSES. De victoria tan honrada
más premio es bien que procures.

AVIRÓN. ¡Oh Majestad engañada,
mejor será que asegures
la corona derribada!

Quítanse del corredor el REY y la INFANTA y los demás.

ARÁN. De veros, Moisés, triunfar,
como los dos os criamos,
no cesamos de llorar,
¿conocéisnos?

MOISÉS. ¡Oh, mis amos,
a fe que os he de abrazar!

Ya no quiero más trofeo
pues os he hallado aquí.

Apéase del carro y abraza a sus padres.

JEZABEL. Que es buena mi dicha creo,
pues la leche que te di
bien agradecida veo.

MOISÉS. Tanto veros deseaba,
que el deseo me vencía
donde vencedor estaba.

¿Tenéis salud, madre mía?

JEZABEL. No verte me la quitaba.

MOISÉS. ¿Y vos, padre?

ARÁN. ¡Qué buen nombre!

Mucho mejor te agradezco.

MOISÉS. ¿Pues cómo queréis que os nombre?

ARÁN. Así, porque lo merezco.

MOISÉS. No tiene el mundo tal hombre:

no hay al mío amor igual:
mandadme en qué os aproveche;
que donde hay sangre real,
el que es buen hijo de leche
es buen hijo natural.

ARÁN. Toda esa gente despide.
que tengo mucho que hablar

contigo, y ella lo impide.

MOISÉS. Aunque deje de triunfar
haré lo que se me pide.

Dejadme solo y llevad
a palacio el Rey cautivo.

REY NEGRO. ¡Ah, perdida libertad!

Vanse todos y quedan MOISÉS y sus padres.

MOISÉS. Mirad qué obediente os vivo
viéndome en tal majestad.

¿Que me queréis?

ARÁN. Deshacer,

Moisés, esas torres vanas
que ya se van a caer,
que vanidades gitanas,
cuando son más, son sin ser.

No sé si te ha de pesar
o si te ha de dar cuidado
lo que te quiero avisar,
porque estás muy levantado
y altera mucho un bajar.

MOISÉS. ¿Qué es lo que decirme quieres?

Que bien alterado estoy:
no importa aunque más me alteres.

ARÁN. Ya sabes, Moisés, quién soy.

MOISÉS. Sí se.

ARÁN. Pero no quién eres.

MOISÉS. Quién soy sí sé. ¿No soy hijo
de la Infanta, y del Rey nieto?

ARÁN. Eso tu opinión lo dijo.

MOISÉS. ¿Y no lo soy, en efeto?

ARÁN. En afligirte me aflijo.

MOISÉS. Mucha alteración recibo;
di quién soy, ¿por qué te atajas?

ARÁN. Allana el valor altivo,
pues de nieto de un Rey bajas
a ser hijo de un cautivo.

MOISÉS. ¿Quién es el cautivo?

ARÁN. Yo;

por padre natural tienes
al mismo que te crió;
que tu fortuna trocó
hoy en mis males tus bienes.

Honra y defiende estas canas
hoy, Moisés, y no te acuerdes
de vanidades gitanas;

que si el ser gitano pierdes,
el ser israelita ganas.

Y el ser hijo de Israel,
mira que no te está mal,
pues naciste de mí en él;
que yo te di ser real
y él te ha dado sangre fiel.

No te dé desconfianza
verte hoy soberbio y ya llano;
que en todo estado hay mudanza,
y cuando el Rey es gitano,
poco dura la privanza.

Honra más calificada
tienes y opinión más rica
por ganar, que la ganada;
que algún gran bien pronostica
la corona derribada.

Parece que estás sin brío;
responde, ingrato, responde;
que todo su poderío
del Rey no te ha puesto a donde
te pone el ser hijo mío.

Más calidad te he yo dado
con la sangre que te doy,
que el Rey con todo su estado;
que ¡vive el Señor! que soy
deudo de Rey más honrado.

MOISÉS. Padre, si es mi dicha tanta
que, como dices, lo eres,
no el verte, padre, me espanta,
porque el ser que tú me dieras
es el ser que me adelanta.

Como padre te obedezco;
y abrazo a mi honrada madre,
y de placer me enternezco;
que en ser hijo de tal padre
subo donde no merezco.

Lo que lloro y lo que siento
es no ser desengañado
antes, y así me arrepiento
de haber contra Dios fundado
unas torres en el viento.

Fundé mi ignorancia en él,
que cuando arrojé, mozuelo,
del Rey de Egipto el laurel,
me dijo una voz del cielo
que era hijo de Israel.

Y arrojéle despechado,
pero apenas le arrojé,
cuando luego, apesarado
de aquellas voces, quedé
de todo punto olvidado.

Ea, Israel maltratada,
que en mí nació tu ventura,
que, aunque hasta ahora olvidada,
tu libertad asegura
la corona derribada.

Ésta es mi resolución.
y ahora decidme el modo
como vine a Faraón.

ARÁN. Despacio lo sabrás todo.

JEZABEL. Es caso de admiración.

MOISÉS. Vamos a vernos con él,
y vos, madre, nuevamente
abrazad a un hijo fiel.

JEZABEL. El cielo tu vida aumente
para salud de Israel.

Vanse y sale el gitano enamorado de ROSELIA.

GITANO. Diez años ha que muero
por mi enemiga amada, y tantos ella,
sólo porque la quiero,
ha dado en ser ingrata como bella;
que no hay cosa más fría
que una mujer si en no querer porfía.

Con mil ruegos y quejas
la procuro ablandar, pero no puedo;
que cierra las orejas
como serpiente que al encanto ha miedo,
quedándose obstinada;
que quien no quiere bien, no quiere nada.

Ahora se me ofrece
una buena ocasión, que su marido
desde ayer no parece;
quiero llamar, y serlo yo fingido;
que la noche me ayuda,
y si le espera, me abrirá sin duda.

¡Ah de casa!

A la ventana ROSELIA.

ROSELIA. ¿Quién llama?

¡Ay, niño Amor, si mi marido fuese!

GITANO. Es un hombre que os ama,
Leví soy, ¿no me abris?

ROSELIA. Mi bien es ése
y tanto se tardaba,
que con mil sobresaltos le esperaba
¡Oh dulce noche mía,
gracias te doy por cuanto bien me has dado
Esperad, mi alegría:

ya bajo a abrir, y si venís cansado,
descansaréis, bien mío,
del modo que en el mar descansa el río

GITANO. ¡Oh, dichoso el amante
que estas razones sin engaño oyera
¿Hay gusto semejante?
Veis aquí un mármol convertido en cera:
¡qué esquiva es una dama
si da en aborrecer ¡qué tierna si ama!

A mi engaño agradezco
este rato de gusto que he tenido;
que aunque por mí merezco
algún favor; en fe de su marido,
que dije que lo era,
escuché de ella la razón primera.

Entra LEVÍ con un azadón.

LEVÍ. Largo y prolijo día,
muy en buen hora vais dejarme un rato
gozar de mi alegría;
que si tengo algún gusto, le dilato
hasta la noche amada,
que arrojo de los hombros el azada.
¿Quién se me ha puesto al paso?
¿Quién puede ser? ¡Ay, Dios! Mi puerta suena,
¡si fuese aquesto acaso
algún presagio cierto de mi pena!
Mi puerta se me abre ahora.

¡Oh mi mujer falsa, aleve, engañadora!
GITANO. Abriendo está mi alegría,
quiero encubrirme al entrar.

Entra ROSELIA

ROSELIA. Entrad, esperanza mía.

LEVÍ. ¿Qué tengo más que esperar?

Cierto es ya cuanto temía.
¿Dónde vas, ladrón perjuro

de mi gusto y de mi honor?
Que si por dicha ese muro
te ha derribado el amor,
otro hay en mí más seguro.

¿Quién tal libertad te dio?
¿Qué leyes te dan franqueza?
Pero ¿quién no se admiró
que escales tú fortaleza
donde soy alcaide yo?

Tente, vuélvete y pondera
qué hicieras tú contra aquel
que tal agravio te hiciera.

ROSELIA. Mi marido es éste, es él,
y, este traidor no lo era.

GITANO. Perdióse mi pretensión;
pero por otro camino
vaya mi imaginación:
matar a éste determino
porque viva mi afición.

Hombre ¿qué quieres aquí?

LEVÍ. ¿Qué quiero en mi casa yo,
tal me preguntas a mí?

GITANO. ¿Tu casa esta? Eso, no.

LEVÍ. Mi casa esta, eso sí.

ROSELIA. Engañoso forastero,
deja a mi marido entrar;
que yo a mi marido espero.

GITANO. Antes le quiero matar.

LEVÍ. ¿Tú quieres? Pues yo no quiero.

Aunque, pues, esa malvada
tanto favor te hacía,
en mí ensangrienta tu espada,
y entra en esa casa mía,
por mi ingrata enajenada.

¡Ah, Roselia! ¿Qué paciencia
sufrirá tal deshonor?

¿Cómo has hecho esta insolencia?

¿Éste era tu mucho amor?

¡No hay amor donde hay ausencia!

Entra MOISÉS, de ronda.

MOISÉS. A ver a mis padres voy,
por no dar nota de día
de quién son o de quién soy.

ROSELIA. No ha sido la culpa mía,
esposo: inocente estoy.

Ese traidor me engañó.
MOISÉS. Me engañó. ¿Y qué fue el engaño?

ROSELIA. Y en nombre tuyo llamó.

GITANO. Y tú, ahora, por más daño,
has de morir.

MOISÉS. Eso no.

LEVÍ. ¡Que en nombre mío llamabas
para entrar, traidor gitano!

¿Qué querías? ¿Qué intentabas?

GITANO. Ver lo que quiero.

MOISÉS. ¡Oh tirano,
que tan gran traición pensabas!

El ofendido es Leví:

quírole favorecer.

Muera el ofensor aquí:

¿y quiéreste defender
tú, cobarde, contra mí?

GITANO. ¡Ay, que me han muerto!

MOISÉS. Moisés
te mata por tus traiciones.

LEVÍ. En obligación me pones
de que te bese los pies.

MOISÉS. No, no, recógete presto;
que éste es muerto, y quizá
te pondrán la culpa de esto.

Vete, que a mi cargo está,
que en tu defensa me he puesto;
yo le echaré donde el mundo
no le hallará jamás.

LEVÍ. Adiós, varón sin segundo.

Vase LEVÍ.

MOISÉS. Vete, que seguro vas;
que en hacerte bien me fundo.

Ahora bien: loco amator
de Roselia, vamos presto,
y agradecedme el favor,
pues con medio tan honesto,
os he quitado el amor.

Vos, Babilonia agraviada,
mirad por vuestros gitanos,
que hoy dará, si a Dios le agrada,
otra caída en mis manos
la corona derribada.

Lleva el muerto, y vase, y salen DATÁN y AVIRÓN.

DATÁN. ¿Viose tan gran insolencia?

Que se juzga Rey sospecho.

AVIRÓN. El favor que el Rey le ha hecho
le ha dado tanta licencia.

DATÁN. No le contradiga en nada,
que él va, si lo vais notando,
poco a poco derribando
la corona derribada.

Por estos ojos le vi
cuando en el pozo le echó.

AVIRÓN. ¿Vistes dónde le mató?

DATÁN. A su puerta de Leví.

AVIRÓN. ¿Y por qué ocasión?

DATÁN. No sé,
porque cuando yo pasaba,
ya el gitano muerto estaba,
o casi al morir llegué.

Tomóle al hombro Moisés,
y yo siguiéndole fui
basta que arrojarle vi.

En el pozo.

AVIRÓN. ¡Por Dios bien!

¿Pues cómo, hijo del Nilo,
tanto atrevimiento cobras?

Fíese el Rey de tus obras,
que llevan galán estilo.

Con esta ocasión podemos
vengarnos a buena ley.

DATÁN. Halo de saber el Rey.

AVIRÓN. Pues sea luego, ¿qué hacemos?

Entra MOISÉS, solo.

MOISÉS. Con gran confusión estoy,
que He visto al Rey, y me mira
con una enfadosa ira;
no hay fiar en él; que soy
al fin hijo de Israel,
y aunque me ha hecho amistad,
con mucha facilidad
hallaré la muerte en él;

Datán y Avirón me han visto;
¡oh, ingratos a vuestra ley!

Éstos, a quien oye el Rey,
me hacen con él malquisto.

DATÁN. Espántome cómo sale

tan sólo Su Majestad.
AVIRÓN. ¡Qué toldo! ¡qué gravedad!
DATÁN. No hay Rey que a la suya iguale;

hasta que morir le vea
no tengo de descansar.
MOISÉS. ¿Cuándo ha Dios de castigar
estos lobos de Judea?

Decidme, leones bravos,
vestidos de pieles mansas,
envidiosos israelitas,
verdugos de vuestra casta;
descendientes de Leví,
¿descendientes digo?, manchas
que habéis caído en su sangre
con tantas obras honradas;
¿qué pensamientos son éstos,
qué obras o qué palabras,
que con el pueblo me venden
y con el Rey me desgracian!
¿Qué decís de mí, traidores?
¿Qué descuidos o qué faltas
habéis hallado en mi vida?
¡Si las sabéis, publicaldas!
A las orejas del Rey
mis amigos siempre os hallan,
y mis amigos me avisan
que me hacéis amistad falsa.
Como estáis en Babilonia,
sois Nembrodes que dais trazas,
y hacéis vosotros la torre
y en mí la confusión para;
pero si no os enmendáis
de tantas obras villanas,
como el grifo a Prometeo
os romperé las entrañas.
La tierra os trague, enemigos,
y cuando vais entre ramas,
el desdichado Absalón
os dé toda su desgracia.
Al pie de otro monte os vean
los ojos que más os aman,
subir, como otro Sisifo,
la piedra que sube y baja.
Como a Tántalo, os anegue
hasta los hombros el agua,
y si quisierdes bebellas
no os pase de la garganta.

Su árbol lleno de fruta,
cuando la hambre os deshaga,
pues sois Tántalos, os niegue
el comer de sus manzanas.
Un viento os lleve a sus nubes,
de donde, hechos migajas,
vengáis, traidores, al suelo,
que de teneros se cansa.
AVIRÓN. Modera, Moisés soberbio,
las maldicientes palabras,
o seas nieto del Rey,
o tengas sangre villana;
que el Nilo sabe quién eres,
y allanarás la arrogancia
que llevas, tan alta y necia,
si el Nilo te desengaña.
Tanta soberbia, Moisés,
tanto enojo y tanta saña,
¿quieres matarnos con ella
por no ensangrentar tus armas?
Pues ya las tienes sangrientas,
y por ventura manchadas
con la sangre del gitano
que anoche quitaste el alma.
Testigos hay del delito
y ya lo sabe la fama,
que a las orejas del Rey
le lleva, de ti agraviada.
No Pienses que han de valerte
tus balbucientes palabras;
que el que te hizo hasta ahora
haremos que te deshaga.

Vanse, y queda MOISÉS suspenso.

MOISÉS. Éstos el caso han sabido;
perdido soy; no he de ver
el rostro al Rey ofendido;
iréme, todo es caer
de la alteza a que he subido.

No más Babilonia: afuera
de mi afición, Faraones;
que de la misma manera
que han muerto tantos varones
de Israel, queréis que muera;

la pompa quiero dejar,
aunque seguro la goce,

y adiós, me voy a buscar
doce tribus, si sois doce,
y os volveré a libertar;
 que una inspiración me dice
que he de ser de Faraón
fuerte vencedor felice,
y no fue sin ocasión
el homicidio que hice
 Ea, inspiración sagrada,
que vos me dais a entender
que por mi industria y mi espada
ha de volver a caer
la corona derribada.

Entran ARÁN, JEZABEL, AARÓN y MARÍA.

ARÁN. Espera, Moisés, verás,
pues te comunico llano,
a quien no has visto jamás;
éste es Aarón, y es tu hermano;
por hermano le tendrás.

 Ha estado ausente de aquí
y es mayor que tú tres años,
sino que a criar le di,
temeroso de mil daños
que han sucedido por ti;
 pero ahora le he traído
porque le tengo afición.

MOISÉS. Seas, hermano, bien venido;
en efecto, eres Aarón;
gusto haberte conocido;

Abrázanse.

y vos, hermana María,
también me habéis de abrazar.

MARÍA. Sólo por eso venía.

MOISÉS. María sois: algún mar
os conocerá algún día.

MARÍA. Ya me conoce el Bermejo,
en cuyas claras orillas
me miro como en espejo.

MOISÉS. En él harán maravillas
Dios, su acuerdo y su consejo;
 pero ¿qué espíritu nuevo
es el que ahora habla en mí?
¿Dónde el pensamiento llevo?

Misterios, bien sé que os vi,
pero más silencio os debo.

Vos, hermano, perdonad,
y toda vuestra jornada
por extenso me contad.

AARÓN. Diréla, pero abreviada.

JEZABEL. Hijo, di con brevedad.

AARÓN. Salí de Jerusalén,
pasé a Egipto y entré en Siria
de poco más de diez años;
diez dije: aún no los tenía.
Crecí, en opinión del mundo,
en costumbres, fama y vida,
ganando las voluntades
más ásperas y más tibias;
cuando tuve veinte años
volví en mí: diome codicia
de estudiar, mediante el cielo,
importantes disciplinas;
en poco tiempo la fama
hinchó su saca de minas,
de alabanzas de mi nombre
y no sé si bien debidas;
llamábanme el elocuente,
y las más nobles familias
en competencia me daban
con grandes dotes sus hijas;
aficionéme entre todas
a Isabel, hija legítima
del famoso Aminadab,
y aficionado escogíla;
tuve cuatro hijos della
que representan mi vida,
Nadab, Eliú, Eliazar
y Tamar, que dejo en Siria;
y sabiendo que mi padre
en Babilonia vivía,
con los tres hijos mayores
vine a hacer esta visita;
llegué a su casa esta noche,
donde me ha dado noticias
de tus dichosos sucesos,
si estar desterrado es dicha.

MOISÉS. Gusto que en esta ocasión
vengas, porque gusto es
que en ausencia de Moisés
quede con mi padre Aarón.

AARÓN. ¿Cómo ausencia? ¿Dónde vas?

MOISÉS. Hago un forzoso camino;
que a nuevas obras me inclino
que han de acreditarme más.

JEZABEL. ¿Y cómo dejarnos quieres,
hijo, en tanta soledad?

MOISÉS. Es de mucha calidad
mi viaje.

ARÁN. Donde fueres
llevarás mi bendición,
y tanto Dios te adelante,
que solo tu nombre espante
al soberbio Faraón.

Híncase de rodillas.

Mira que dejas cautivo
tu pueblo; mira, Moisés,
que queda Jerusalén
anegada en llanto esquivo;
no quiero decirte más;
que, pues por ir desterrado
tanta grandeza has dejado,
llamado del cielo vas.

JEZABEL. ¿Es posible que sin ti
he de vivir solo un día?
Llévame en tu compañía,
¿quieres, hijo?

MOISÉS. Madre, sí;
solo un paso no me muevo,
querida madre, sin vos.

JEZABEL. ¿Por qué no iremos los dos?

MOISÉS. En mi corazón os llevo.

JEZABEL. ¿Y cuándo piensas tornar?

MOISÉS. No sé, madre.

JEZABEL. ¡Ay, suerte triste,
que apenas me conociste
y ya me quieres dejar!

MOISÉS. Ya llevo la bendición
de mi padre: un vuestro abrazo,
madre, espero.

JEZABEL. Despedazo
de lástima el corazón.

MOISÉS. Ea, adiós; Aarón, regala
a vuestros padres; adiós.

JEZABEL. A este golpe, santo Dios,
ningún sufrimiento iguala.

ARÁN. A Dios ruego, prenda amada,
que sea con brevedad,
para nuestra libertad,
la corona derribada.

Vanse, y salen en MADIÁN SÉFORA, pastora, y DANTISO, pastor.

SÉFORA. Que no, Dantiso: eso no:
yo no sé querer, sin duda.

DANTISO. Naturaleza formó
en ti la hermosura muda
y no la perficcionó
no; porque su perfección
es rendir el corazón,
y tú tan libre le tienes,
que fundas todos tus bienes
en mi desesperación;

a tu padre Yetro quiero
pedirte para mujer,
y alcanzarlo dél espero.

SÉFORA. ¿Ya empiezas a enloquecer?

DANTISO. Quien ama es loco primero.

SÉFORA. Primero mi voluntad,
Dantiso amigo, granjea.

DANTISO. Hallo gran dificultad.

SÉFORA. Pues no sé yo quién desea
mujer de esa calidad;

de puro ciego y perdido
estás, amigo, engañado.

DANTISO. Sólo en quererte lo he sido.

SÉFORA. No puede haber buen casado
sin ser primero querido;

yo soy de aquesta opinión.

DANTISO. Y yo por la misma paso
y culpo tu sinrazón.

SÉFORA. La mujer casada acaso,
¿acaso tiene afición?

Entra YETRO, mayoral, padre de SÉFORA.

DANTISO. Tu padre viene, cruel,
y pues tan tirana eres,
confío en el cielo fiel
que lo que por mí no hicieres
lo tienes de hacer por él.

YETRO. Séfora, es hora ya
de que beba tu ganado;

que es lo que esperando está.
SÉFORA. Padre, su vez no ha llegado.
YETRO. Pues paciencia, llegará.
 ¿Qué hace Dantiso aquí?
DANTISO. Procuero servirla en algo
por lo que te debo a ti.
YETRO. Por su fiador quedo y salgo.
DANTISO. Luego cobraré de ti.
YETRO. Tanta vuestra virtud es,
que como a hijo os estimo.
DANTISO. Eso mostrarás después.
SÉFORA. Regálame como primo.
DANTISO. Es servirte mi interés.

Entra MOISÉS como ganadero.

MOISÉS. Según las nuevas me dan
los pastores que he topado,
esta tierra es Madián.
YETRO. ¿Dónde bueno vais, soldado?
MOISÉS. Donde mis desdichas van.
YETRO. ¿Tenéis algo, por ventura,
en Madián que hacer?
MOISÉS. ¡Oh, divina hermosura,
ob, sol, oh luna, oh mujer,
fuego hermoso y lumbre pura!
 Tanto en sus ojos me elevo;
que no sé dónde me estoy.
SÉFORA. ¡Qué bello y galán mancebo!
MOISÉS. ¿Preguntáisme dónde voy?
DANTISO. Ponzona de celos bebo;
 mucho al forastero mira.
MOISÉS. A Madián vengo a ver,
que por no se qué mentira
un rey me quiso prender,
y vengo huyendo su ira.
 Que aunque era mucho el favor
que en su corte me hacía,
trocóse en odio el amor,
la amistad en tiranía,
porque intervino un traidor.
 Ya vengo determinado
a vivir más recogido;
que, en fin, es más acertado
vivir seguro perdido,
que temeroso ganado.
 Si recibirme queréis,

en vuestro servicio quedo.

YETRO. Buena presencia tenéis;
pero...

MOISÉS. Que no tengáis miedo
que en muchas faltas me halléis.

YETRO. ¿De qué me podéis servir?

MOISÉS. Cuanto quisierdes sé hacer.

SÉFORA. Bien le podéis recibir.

DANTISO. Hombres de buen parecer,
diamantes suelen rendir.

Ya mi enemiga desea
que quede; un temor me abrasa,
sin saber qué cosa sea,
esa que dejé en tu casa
porque te hable y te vea;
que ya parece le miras
con demasiada afición.

SÉFORA. Con tan buen decir me admiras.

DANTISO. ¿Luego no tengo razón?

SÉFORA. Suelas decir mil mentiras.

DANTISO. Pero ahora no mentí.

YETRO. ¿Sabréis guardar mi ganado?

MOISÉS. ¿Guardar ganado? Eso sí.

YETRO. ¿Habéislo otra vez guardado?

MOISÉS. No, pues no me guardé a mí;
pero a todo sé aplicarme,

y gustaré de probar,
siquiera por ensayarme,
a ver qué habré de guardar,
ya que no supe guardarme.

SÉFORA. En viéndole satisface
mi alma: sin duda es
mi suerte por él felice.

YETRO. ¿Y cómo os llamáis?

MOISÉS. Moisés

SÉFORA. ¡Con qué donaire lo dice!

MOISÉS. Moisés me llamo, y deseo
acertar a daros gusto.

YETRO. En vuestra traza lo veo.

SÉFORA. Es galán, aunque robusto,
y aunque es moreno, no es feo.

MOISÉS. Aunque no es muy delicada,
es de buena proporción:
blanca, rubia y colorada;
ojos, buenos ojos son,
no me descontenta nada.

¡Ay, Dios!, Si ésta fuese honesta,

como he hallado mujer...
Ahora bien; amo, ¿qué resta?
YETRO. Sólo que entréis a comer,
que espera la mesa puesta.
SÉFORA. Vamos, Moisés, ¿comeréis?
MOISÉS. Vamos, hermosa pastora.
SÉFORA. Séfora me llamaréis.
MOISÉS. No bastará, mi señora.

Van SÉFORA y su padre.

DANTISO. Digo, galán...
MOISÉS. ¿Qué queréis?
DANTISO. Paréceme, o me engañé,
que Séfora os pareció
no mal.
MOISÉS. ¿Porque la miré?
DANTISO. Y ella también os miró.
MOISÉS. ¿Mirar, decís? Poco fue.
¿Hay más de qué me advertir?
Porque volveré en comiendo.
DANTISO. Yo la pretendo servir.
MOISÉS. Y yo también la pretendo.
DANTISO. Mataréte.
MOISÉS. Pues morir.
DANTISO. Yo pretendo me casar
con ella.
MOISÉS. Lo mismo intento.
DANTISO. ¡Qué lindo desesperar!
MOISÉS. Voyme, pues sabes mi intento.
DANTISO. Espera.
MOISÉS. No hay que esperar.

Vase MOISÉS.

DANTISO. Abrasado en celos quedo;
y tiene el hombre buen talle.
Téngole notable miedo;
que si ella comienza a amalle,
sin mi pretensión me quedo.
Mas lluevan desconfianzas,
azares y desconsuelos,
que el fuego de mis recelos
quemará sus esperanzas.

Vanse, con que da fin la segunda jornada. Habrá entremés o baile forzoso.

Jornada tercera

Sale MOISÉS, en hábito de labrador, con una vara en la mano.

MOISÉS. Silvestres arboledas,
amigas soledades de mi vida,
donde de ufanas sedas
jamás se vio profanidad vestida,
porque solo se sabe
cómo silba el pastor y canta el ave.

Aguas murmuradoras,
que de los altos riscos despeñadas
entretenéis las horas
sin sed oídas y sin sed gustadas;
ya he mudado de estilo,
que me ha cansado el vocear del Nilo.

Ya me entretengo y canto,
de aquella pompa en que me vi, olvidado,
y pido al cielo santo
que me conserve en este humilde estado,
donde no me malsinan
hombres que, de envidiosos, desatinan.

Con Séfora, mi esposa,
y dos hijuelos que me ha dado bellos,
paso vida gustosa,
de ella querido, entretenido de ellos;
sin que del Rey me acuerde;
que gana mucho quien privanzas pierde.

Salen JERSÁN y ELIEZER, niños, hijos de MOISÉS, con arcos.

JERSÁN. Entre la libre arboleda
la tímida liebre huyó.

ELIEZER. Una flecha me costó,
que atravesada me lleva.

MOISÉS. Estos mis hijuelos son,
que a caza de pajarillos,
cansándose en perseguillos,
honran mi recreación.
¡Ah, centellas de Moysén!
Mostradme esas hebras de oro;
como a vuestra madre adoro,
creedme que os quiero bien.

¿Qué habéis cazado? decid:
¿qué os ha dado el arco fuerte?
¿Habéis hecho alguna suerte?
ELIEZER. Ninguna, sí hallarte a ti.
JERSÁN. ¡Oh! Mi padre no me abraza.
MOISÉS. En verlos, de juicio salgo.
ELIEZER. ¿Tiene que comamos algo?
MOISÉS. Comamos de vuestra caza;
sentaos aquí, comeréis;
que en mi zurrón traigo qué.

Siéntanse y comen.

¿Y vuestra madre?
ELIEZER. No sé.
MOISÉS. ¡Cómo que no lo sabéis!
¿No queda buena?
JERSÁN. Sí, padre:
traigo hambre, ya lo ves.
MOISÉS. De muy buenos hijos es
no saber de vuestra madre.
ELIEZER. ¿Y él? ¿No come, padre?
MOISÉS. Yo
en comer vosotros como.
JERSÁN. ¿Tome un bocado!
MOISÉS. Sí tomo.
¿Quién tal gusto mereció?
Estése el rey Faraón
con su dignidad real;
que este bien con aquel mal
no tiene comparación.
Hijos, enloquezco en veros,
y gusto de haber perdido
el nombre de hijo fingido
por teneros verdaderos.
JERSÁN. Padre, pues que nos convidas,
danos a beber también.
MOISÉS. ¡Qué presto ha de dar Moysén
agua de piedras heridas!
Hijos, pues ya habéis comido,
buscad agua que os sustente;
que no falta alguna fuente
que en veros se ha estremecido
Gustaréis del agua bella
si os costare algún cuidado,
y diréis que habéis hallado
en mí padre, y madre en ella.

Y volvedme a ver, Jersán,
y vos, Eliezer, aquí.

ELIEZER. Vamos.

MOISÉS. ¡Cuándo merecí

El gusto que éstos me dan!

Al pie de aquella alta peña

hace una balsa en el suelo

un cristalino arroyuelo

que del risco se despeña:

Allí, hijos, beberéis;

torced un poco el camino;

que a la sombra de este espino

descansando me hallaréis.

Vanse los niños.

Mas ¡santo Dios, que se arde

la zarza! ¿Qué traza es ésta?

¡Mirad qué sombra me presta

en que del calor me guarde!

Mas, ¿qué alteza se presume

da este milagro estupendo?

¡Vive Dios, que se está ardiendo

la zarza, y no se consume!

¿Llegaré a ver la grandeza

mayor que he visto jamás?

Dentro.

VOZ. Tente, Moisés, ¿dónde vas?

MOISÉS. Divina naturaleza,

que tal lo debéis de ser,

llégome a ver, aunque os tema,

la zarza, que no se quema

y nunca deja de arder.

VOZ. Tente: no llegues calzado.

MOISÉS. ¿Qué asombro es éste, Moisés?

OTRA VOZ. Descalza presto los pies;

que es este lugar sagrado.

MOISÉS. A vuestro advertir divino

y vuestro santo consejo,

los toscos zapatos dejo,

hechos de junco marino;

al vuestro gusto me inclino.

VOZ. Ha llegado a mis orejas

la voz de la gente mía,

que desde Egipto me envía

tristes lástimas y quejas;
y muéveme a compasión
tanto, que por remediallos
determino de sacallos
del poder de Faraón;
y porque sin fuerza están,
para mejor proveellos
quiero que hagas entre ellos
oficio de capitán.

MOISÉS. Atemorízame oílo
si vos no me dais favor;
pero ¿yo quién soy, Señor,
para ser yo su caudillo?

VOZ. No dudes, leal amigo,
que de ayudarte me encargo:
acepta el oficio y cargo:
ve, que yo seré contigo.

MOISÉS. Y si preguntan quién es,
Señor, el que me envió,
¿qué tengo de decir yo?

VOZ. Yo soy el que soy, Moisés.

Si pretendiese algún hombre
saber la calidad mía,
le responde: El que es me envía,
que éste es mi perpetuo nombre.

Los ancianos de Israel
junta y hazles relación
de esta Rëal comisión
que te he dado en favor de él;
diles que sacarlos quiero
del cautiverio en que están.

MOISÉS. No sé si me creerán,
pero vos sois verdadero.

VOZ. Entra a Faraón con ellos,
y di que a tu Dios agrada
que hagáis una jornada,
y tú por caudillo de ellos;
y que ha de ser de tres días,
porque en el monte codicio
que me hagáis sacrificio.

MOISÉS. A un gran negocio me envías;
pero no me han de creer
aunque ser libres desean.

VOZ. Llevarás con que te crean;
deja esa vara caer.

Deja caer la vara que lleva.

MOISÉS. No es vara, culebra es.

Vuélvese culebra.

VOZ. Vuelve a tomarla.

MOISÉS. Ya es vara;
¿quién tal cosa imaginara?

Toma la vara.

VOZ. Lleva esa seña, Moisés.

MOISÉS. Hoy el caudillo gitano
quedará de temor lleno.

VOZ. Mete la mano en el seno.

Métela.

Ahora sácala.

Sácala leprosa.

MOISÉS. ¿Qué mano
es ésta leprosa y fea?

VOZ. Vuélvela otra vez al pecho.

MOISÉS. Leproso, Señor, me has hecho
para que el pueblo me crea.

VOZ. Vuélvela ahora a sacar.

MOISÉS. ¡Oh, santo Dios, sana queda!

VOZ. De esa suerte, ¿habrá quien pueda
de tu comisión dudar?

Si por la seña primera
no te creyeren, Moisés,
por la segunda...

MOISÉS. Está bien:
bien va de aquesta manera.

VOZ. Y si a la señal segunda
no dieren crédito, mira
que ejecutando mi ira
hagas que Egipto se hunda
y vean en sangre vuelta
toda el agua en mar y ríos,
a ver si castigos míos
le obligan y el pueblo suelta.

MOISÉS. Sólo de una cosa dudo.

VOZ. ¿Aún te queda que dudar?

MOISÉS. ¿Cómo he de poder hablar

al Rey, que soy tartamudo?
VOZ. Tu hermano, el prudente Aarón,
quiero que vaya contigo,
y tú tratarás conmigo,
y él hablará a Faraón;
yo le daré aviso de esto
y al camino te saldrá.

MOISÉS. Basta. Señor: bien está:
a la jornada me apresto;
que pues tú al soberbio humillas,
ayudarme es cosa clara.

VOZ. Lleva contigo la vara,
con que has de hacer maravillas.

Cúbrese la zarza con música.

MOISÉS. Caudillo del pueblo soy:
riquísimo de honra quedo:
en favor de Israel voy
desnudo de humano miedo,
pues divinas señas doy:
hoy, alta esperanza mía,
este suceso os abona:
pronóstico vi algún día;
que la arrojada corona
esto sin duda decía.

Vamos a mi comisión,
mis pensamientos leales,
y vuelva el pueblo a Sión,
que con plagas y señales
atropello a Faraón:
de mi suegro y de mi esposa
falta despedirme ahora.

Sale JERSÁN niño, solo, alborotado.

JERSÁN. Padre, si tan rigurosa
lástima no siente y llora,
ser piedra es cosa forzosa.

MOISÉS. ¿Qué es esto, Jersán, qué ha sido,
qué es de tu hermano Eliezer?

JERSÁN. Padre, Eliezer es perdido,
ya no ha de volver a ver
más a su hijo querido.

MOISÉS. ¿Qué dices?

JERSÁN. Bebiendo estaba,
en aquel claro arroyuelo,

y cuando el agua gustaba
bajó una nube del cielo
que claras sus lumbres daba,
y saliendo un mozo bello
de la nube, le llevó
sin poder yo defendello.

MOISÉS. ¿Y no viste en qué paró?

JERSÁN. No, padre: no pude vello.

MOISÉS. Secretos deben de ser
con que Dios probarme quiere,
que es esto inmenso poder;
si por mis delitos muere,
muera yo, y viva Eliezer

Mucho aguáis el regocijo,
Dios de Isaac, Dios de Abraham;
antes el ser pobre elijo
si el nombre de capitán
tiene que costarme un hijo;

llama a tu madre y abuelo:
presto, Jersán, no te tardes:
vengan y sepan mi duelo,
que aguardo aquí.

JERSÁN. Como aguardes,
ellos vendrán, y yo vuelo.

Vase.

MOISÉS. ¿Qué es esto, inmenso Señor?

¿Cómo así os habéis conmigo?

Mas como soy pecador
queréis hacerme un castigo
grande, tras un gran favor;

si por mí habéis castigado
a mi inocente hijuelo
¿qué castigo le habéis dado?
Mostrádmeme, ángel del cielo,
aunque sea degollado.

Tocan la música, vese en un monte un ÁNGEL con una espada desnuda, y ELIEZER de rodillas, y prosigue:

Ya veo a mi hijo vivo,
aunque desnuda la espada,
y sujeto al golpe esquivo
por Su Majestad sagrada;
que yo este golpe recibo.
¿En qué ha pecado Eliezer,

que tal castigo le dan,
si es que la muerte ha de ver?
Yo quiero ser su Abraham,
porque él mi Isaac pueda ser;
sólo este favor codicio
que a vuestro siervo hagáis;
yo haré por vos sacrificio
para que el ángel seáis
que detuvo el sacrificio;
si sois serafín de amor,
este renombre os convida
a mostrar menos rigor,
y en vez de ángel homicida
seréis ángel defensor.

ÁNGEL. Hame movido tu llanto,
gran caudillo de Israel;
y si la espada levanto
viva tu hijo, aunque de él
Dios está ofendido tanto;
degollarle Dios mandaba
por no estar circuncidado,
y ya el cuchillo bajaba;
mas por tu llanto obligado,
ya vive a quien ya mataba.

Al punto le circuncida;
que en habiendo dilación
vendré a quitarle la vida;
que es ley la circuncisión,
y ha de ser cual ley cumplida.

Baja, Eliezer, y a Moisés
tu padre, alegre recibe,
pues has negociado bien.
Justo Moisés, por ti vive:
la circuncisión le den.

Cúbrese el ÁNGEL y baja ELIEZER.

ELIEZER. ¡Oh, padre, qué sobresalto
en el monte he padecido!
Decidme de qué estoy falto:
¿por qué falta he merecido
subir a monte tan alto?

MOISÉS. Séfora, lástimas tuyas
han sido en esta ocasión:
tú ofendiste, no me arguyas,
pues usas de compasión
con que a tus hijos destruyas,

¡cuántas veces te pedí
que a Eliezer circuncidasen!
Pero aunque más voces di,
no hubo voces que bastasen
¡oh Séfora! contra ti.

El amor que le tenías,
a resistirte obligaba,
pensando que te ofendías
su sangre si la vertías,
en que tus manos manchaba.

Pues ¡vive Dios! que has de ser
tú hoy quien le circuncide;
vierte la sangre, Eliezer;
que es ley de Dios quien lo pide,
y lo que es ley se ha de hacer.

Entran SÉFORA, YETRO y JERSÁN.

SÉFORA. ¡Qué mi hijo es muerto, oh cielo!
Llévenme a verle mis pies.

JERSÁN. Yo le vi morir, abuelo.

SÉFORA. ¿Qué es de mi hijo ¡oh Moisés!
espejo en quien me consuelo?

YETRO. No es éste mi nieto. Di,
Jersán, ¿para qué has mentido?

JERSÁN. Digo que llevarle vi.

SÉFORA. ¿Eres tú, hijo querido?

ELIEZER. Madre, vivo estoy aquí.

SÉFORA. Pues ¿qué me has dicho, ¡oh rapaz!?

MOISÉS. Séfora, la verdad dijo,
porque el ser vos pertinaz
tuvo a punto a vuestro hijo
de ser de vida incapaz.

Por no estar circuncidado,
un ángel le degollaba,
de Dios a hacerlo enviado,
si su padre no lloraba
su muerte y vuestro pecado.

Siempre me habéis resistido,
y vuestro frívolo amor
tal lástima le ha tenido,
que doliéndoos su dolor,
casi su muerte habéis sido.

Vos pecasteis, y los dos
venimos a padecer;
lo pagaréis, ¡vive Dios!
Tomad, Séfora, a Eliezer

y circuncidalde vos.

No hay que replicar: tomalde
y a ese monte le subí.

SÉFORA. ¿Hay más fiereza?

MOISÉS. Llevalde.

SÉFORA. ¿Yo misma?

MOISÉS. Vos misma, sí;
Séfora, circuncidalde.

SÉFORA. No me trates de esa suerte.

ELIEZER. Hágalo mi abuelo, padre.

MOISÉS. ¡Vive Dios que no he de verte,
por descuido de tu madre,
en otro trance de muerte!

SÉFORA. Verdugo quieres que sea
de un hijo.

MOISÉS. El cielo lo quiso
y él mismo en esto os emplea:
vierta un hijo incircunciso
sangre que su madre vea.

SÉFORA. Llevaréle, aunque a pesar
de mi mismo sentimiento.

YETRO. Vámosle a circuncidar.

SÉFORA. ¡Oh, cómo siento el tormento,
hijo, que habéis de pasar!

MOISÉS. Tomad, veis aquí un puñal
con que le circuncidéis.

SÉFORA. ¿Eres hombre racional?

MOISÉS. Séfora, ¿no obedecéis?

SÉFORA. Voy, mi bien, a haceros mal.

MOISÉS. Vos, pues otro no se halla,
sed padrino de Eliezer.

YETRO. Yetro te obedece y calla.

MOISÉS. Esta será menester.

Llevad, hijo, esta toalla:
a cada uno os he dado
su oficio: ejecutad luego.

SÉFORA. Haráse cuanto has mandado.

MOISÉS. Incircunciso le entrego:
dádmele circuncidado.

YETRO. Dame ese puñal y espera:
yo seré cruel por ti.

SÉFORA. No ha de ser de esa manera;
Moisés me lo manda a mí,
yo lo he de hacer aunque muera.

Moisés, mi esposo querido,
que mi sentimiento tierno
dé en mi alma un estampido;

piérdase el amor materno
y obedézcase al marido.

JERSÁN. Madre, a mi hermano consuele:
mire que va sin solaz;
dígame que no recele,
que yo también, más rapaz,
me circuncidé, y no duele.

Tocan flautas. Vanse, llevando YETRO a ELIEZER de la mano; SÉFORA el puñal desnudo, JERSÁN la toalla.

MOISÉS. De esta manera, Señor,
mi obligación ejecuto,
y excuso vuestro rigor;
que se os debe este tributo
como a tal legislador.

La ceremonia acabada,
para librar a Israel
encomienzo mi jornada,
que como ministro fiel,
sólo serviros me agrada.

Venido mi hermano Aarón,
mi camino se endereza
al pueblo de Faraón;
que amoneste mi rudeza
su famosa erudición.

Entra AARÓN solo.

AARÓN. ¿Con qué ocasión, Señor, me habéis traído
a este desierto que conozco apenas?
En Babilonia estaba entretenido
oyendo quejas y llorando penas.
¡Qué mudanza tan breve aquesta ha sido
que, según dicen, piso las arenas
de Madián la fértil y abundosa,
un tiempo amable a Dios y ahora odiosa!

MOISÉS. ¡Cómo se ve que interviene
Dios en librar a Sión!
Vengas, elocuente Aarón,
en paz, pues en ti Dios viene.

Tu hermano soy, no te alteres
de verme como me ves.

AARÓN. ¿Eres Moisés?

MOISÉS. Soy Moisés.

AARÓN. Si tú me traes, ¿qué me quieres?
Desde Babilonia aquí

casi a vuelo he caminado.

MOISÉS. Y dime Aarón, ¿en qué estado queda el pueblo?

AARÓN. Escucha.

MOISÉS. Di.

AARÓN. De la cruel Babilonia,

adonde ladrillos hacen

los israelitas cautivos,

oye, Moisés, las crueldades.

Oirás de los viejos tristes

mil lástimas, que en los aires,

pidiendo al cielo venganza,

causan lástima a las aves.

Verás llenos de suspiros

los bárbaros homenajes

que de tantos pechos fieles

atropellándose salen.

Verás abundosos ríos

de lágrimas de cobardes,

que por no morir con honra

riegan las gitanas calles.

La nobleza de Israel

infames ladrillos hace,

con que levantan los muros

donde se despeña y cae.

La clausura en las doncellas

no la busques ni la aguardes;

que por servir a sus dueños

lavan paños y agua traen.

Aquellos héroes famosos

de real estirpe y sangre,

en Babilonia edifican

sus pirámides de jaspe.

De sed revientan los hijos,

los padres mueren de hambre,

mezclándose, tristemente,

voces de hijos y padres.

No hay en Israel matrona

que borde, matice o labre,

porque infames las emplean

en edificios infames.

Si por tus padres preguntas,

ya murieron nuestros padres

con la mayor sinrazón

que pudiera imaginarse;

que mandó el Rey enemigo,

porque al gitano mataste,

que los afligidos viejos
tu culpa, sin culpa, paguen.
Mil lástimas te dijera,
pero por no lastimarte,
a otra ocasión las remito;
quiera Dios que antes acaben.

MOISÉS. ¡Oh, bárbara Babilonia,
en cuyos sepulcros yacen
los más famosos varones
que hace el mundo memorables!
Hoy me parto; allá me espera;
tus puertas bárbaras abre;
que pienso sacar por ellas
mis israelitas triunfantes.
Desbarataré tus muros,
tus molduras y filabres,
y las aguas de tus ríos
haré convertir en sangre.
Comisión llevo del Cielo,
Aarón; caudillo me hace
Dios de su pueblo querido,
para que libre le saque,
y para que tú me ayudes
con tu elegancia, te trae;
que de mí quiere bravezas,
y de ti sólo que hables.

Esta prodigiosa vara
llevo para hacer señales;
que para espantar mil reinos
las menores de ellas baste.
Vamos, Aarón elocuente;
vengüemos a nuestros padres;
que hoy verás salir de Egipto
los que en él adobes hacen.

AARÓN. Lleno estoy de admiración;
cuanto me has dicho me asombra.

MOISÉS. ¿De qué te espantas, Aarón?
¡Vive Dios, que Dios me nombra
por rayo de Faraón!

No tienes de qué dudar,
porque yo llevo poder
de hacer la tierra temblar;
llévole de oscurecer,
y llévole de alumbrar.

Verás, Babilonia airada,
cuánto extendiendo mi poder;
que a puros golpes de espada

ha de volver a caer
la corona derribada.

No me pienso detener;
que el caso brevedad pide.
AARÓN. Pues vamos. ¿Qué hay que hacer?

MOISÉS. Cuando un hijo circuncide,
Séfora, que es mi mujer.

Tocan música. Sale JERSÁN con toalla, y ELIEZER con una tunicela blanca, SÉFORA con el puñal, y YETRO.

SÉFORA. Ya por mi mano airada
queda la sangre de Eliezer vertida;
vesme aquí ensangrentada
con el golpe cruel que di en mi vida.
a quien te restituyo
circuncidado, como hijo tuyo.

Fuiste esposo de sangre
para mí, pues con ella me ensangrientas,
¿quieres que me desangre
a mí misma, Moisés? Si te contentas
con ver sangre vertida,
tu voluntad se cumplirá en mi vida.

MOISÉS. Ahora, hijo adorado,
os conozco por tal: dadme los brazos;
que nunca os habré dado
abrazos tan del alma.

ELIEZER. Tus abrazos
procuraré, si de ellos me despides,
aunque segunda vez me circuncides.

MOISÉS. Mi esposa, Aarón, es ésta,
éstos mis hijos, y este viejo anciano
es quien honor me presta;
padre, dadle los brazos, que es mi hermano.

YETRO. Seáis muy bien venido.

AARÓN. Mucho huelgo de haberos conocido.

Y habéis de perdonar,
que sin saber que os le hacía
he de haceros un pesar:
Moisés va en mi compañía,
porque le vengo a llamar.

MOISÉS. Hacemos una jornada
hasta Egipto, de importancia.

SÉFORA. ¿No estoy bien atormentada?

MOISÉS. Voy a hacer una ganancia
mucho de mí deseada;
dadme los brazos y adiós.

YETRO. Hijo, qué, ¿os vais en efeto?

MOISÉS. Y siento el irme por vos.

SÉFORA. ¿No más de por su respeto?

MOISÉS. ¡Oh, mal dije! Por los dos.

SÉFORA. Y qué, ¿te vas sin decirme
cuándo la vuelta has de dar?

MOISÉS. Séfora, dirélo al irme.

SÉFORA. Bien sabes atormentar.

MOISÉS. Y tú bien sabes ser firme;
vamos, hermano.

SÉFORA. Venid,
hijos, pues que vuestro padre
quiere dejaros ansí.

ELIEZER. Llorando deja a mi madre;
padre, ¿vendrá presto?

MOISÉS. Sí.

Vanse. Sale LEVÍ solo, preso.

LEVÍ. Si no hay honra en tantos nobles,
dobla, cruel Faraón,
la cruel persecución,
si es posible que la dobles.

Como que no hay un caudillo
que contra ti se levante,
no hay cosa que así me espante,
avergüéñzome en oílo.

¿Por qué me dejas morir
de hambre, cruel gitano?
Pero en poder de un tirano,
¿para qué quiero vivir?

Tres días debe de hacer
que en esta prisión estoy,
y otros tantos ha con hoy
que no me dan de comer.

Que el Rey, porque su corona
esté con seguridad,
no hay hebreo en la ciudad
robusto a quien no aprisiona.

Muriendo estoy: ya no puedo
sufrir tan fiero rigor.

Entra ROSELIA, mujer de LEVÍ.

ROSELIA. Donde hay verdadero amor,
¿cómo puede haber miedo?

Entraré, a pesar del Rey,

a ver a mi esposo amado.

LEVÍ. ¡Ay, Roselia, que has entrado
a verme contra una ley!

¿No sabes que el Rey ordena
que no me visites?

ROSELIA. Sí;
pero vivir yo sin ti
es para mí mayor pena.

Cuando me mande matar
el Rey porque te visito,
morir por ese delito
es acabarme de honrar.

LEVÍ. Tendré más que agradecerte.

ROSELIA. Poco la honra procura
mujer que no se aventura
por su marido a la muerte.

LEVÍ. Roselia, de hambre muero:
grandes tormentos me dan:
por un pedazo de pan
diera cuanto bien espero.

ROSELIA. Pues no morirás, amigo;
que yo traigo pan aquí.

LEVÍ. ¿Y para quién?

ROSELIA. Para ti.

LEVÍ. Mi vida viene contigo.

ROSELIA. A una mujer lo hurté
que para sí lo tenía.

LEVÍ. ¡Oh, dulce esperanza mía!
¿Cuándo tal bien pagaré?

ROSELIA. Y no quiero que recibas
de mi hurto descontento,
pues en hurtar no te afrento.
Que hurto para que vivas.

Toma.

LEVÍ. ¡Tanto bien me dan!
¡Oh vivo honor de mujeres!
Desde hoy te llamarán,
no Roselia, sino Ceres,
pues eres la que da el pan.

Fuiste de mis alegrías
el fundamental cimiento,
pero ya, pues ya me crías
dándome en pan mi sustento,
serás el cuervo de Elías.

He sentido abrir la puerta:
no sé en qué se ha de parar.

ROSELIA. Entre el Rey, entre y advierta

que soy tan sola en amar,
que aun he de seguirte muerta.

Entran el REY y DATÁN.

FARAÓN. Quien quebranta la prisión,
pase por la misma pena.

ROSELIA. Preso está mi corazón,
que no hay más fuerte cadena,
rey, que la de mi afición.

Pero presa quedaré,
pues fui quien contra tu ley
las prisiones quebranté,
que tú, en efeto, eres Rey,
y yo esclava de mi fe.

FARAÓN. Poned esta loca hebrea
donde padecer mis males
su mismo esposo la vea.

ROSELIA. Haznos en penas iguales;
que harto pena quien desea.

FARAÓN. Entre esas redes esté
y de sed y hambre muera.

LEVÍ. Yo por ella moriré.

FARAÓN. Llévalda.

Llévasela DATÁN.

LEVÍ. Datán, espera.

¡Todo mi bien se me fue!

¿Qué es esto, infiel Avirón?

¿Qué razón hay que permita
que prendan mi corazón
y sea un hombre israelita
ministro de la prisión?

¿De qué manera volvéis
por vuestra sangre, insolentes?
Poca lealtad tenéis,
pues vuestros mismos parientes
por un vil privar vendéis.

FARAÓN. De muy poco os espantáis,
pues no ha de parar mi ira
hasta que todos muráis.

Entra ABIUD, viejo cautivo.

ABIUD. Los gritos del pueblo mira.

FARAÓN. ¡Perros, en vano los dais!

Que hoy por la raíz arranco
la vil cepa de Israel.

ABIUD. Si este mi cabello blanco
te mueve como tan fíe],
procede como tan franco.

¿Por qué nos mandas matar
de hambre, no trabajamos?

¿No nos has de sustentar?

FARAÓN. De propósito os matamos;
no hay más: morir y callar.

Entra ZABULÓN, viejo cautivo, y DATÁN.

ZABULÓN. Rey, pues siempre el pueblo hebreo
te sirvió, ¡mira que muere!

FARAÓN. ¡Viejos vanos, ya lo veo.
Mi gusto acabaros quiere!

Vase DATÁN.

ABIUD. Por no te ver lo deseo;

pero si tanto rigor
usas y así te embraveces,
a ese nuestro vencedor,
¿para qué le favoreces?

Dirás que porque es traidor:

¡Muera con nosotros, muera,
pues es de nuestra nación!

FARAÓN. No ha de ser de esa manera.

ZABULÓN. ¡Mueras, ingrato Avirón,
por aquel que más te quiera!

Sale DATÁN.

DATÁN. En fuertes prisiones queda,
Rey, la esposa de Leví.

LEVÍ. Lo mismo, infiel, te suceda,
y sucediéndote así,
nadie remediarte pueda.

Quiera Dios, verdugo infante
de la sangre de Israel,
que un tigre te la derrame,
y habiendo nacido de él,
nadie su hijo te llame.

Dicen dentro: ¡Libertad, libertad! Entra un capitán gitano.

CAPITÁN. ¿Qué haces con tanta flema,
Rey, que no hay hebreo ya
que tus justas leyes tema?
Junto todo el pueblo está
por fuego, y a todos quema.

Que viéndose maltratados
esos traidores hebreos,
vienen, bien o mal armados,
brotando vanos deseos,
hasta aquí en miedo enterrados.

Fáciles son de vencer,
aunque en gran número están;
toque Egipto a acometer;
que no tienen capitán
ni nadie lo quiere ser.

Aunque es tanta tu grandeza,
pienso que hubiera allegado
a lo sumo su braveza,
si aquel pueblo, alborotado,
no estuviera sin cabeza.

No aguardes a que se elija;
que son hombres de opinión.

FARAÓN. Falta un traidor cine los rija.

DATÁN. ¿Cómo, si todos lo son?

FARAÓN. No hay poder que los corrija;
pero llevarlos por bien
es mayor sagacidad.

DATÁN. ¡Que en tal propósito estén!

Dentro:

ISRAELITAS: ¡Libertad, libertad!
y ¡viva Jerusalén!

FARAÓN. Vosotros, viejos infames,
habéis de pagar por ellos.

ABIUD. Primero que tal me llames,
sufriré que en mis cabellos
blancos mi sangre derrames.

DATÁN. Trátales bien, y verás
cómo sujetos los tienes.

FARAÓN. Sosegaldos, no haya más;
yo les franqueo sus bienes.

ABIUD. ¿Haráslo así?

FARAÓN. Verlo has;
y más: haré que el gitano
que ofendiere algún hebreo
le mataré por mi mano.

ABIUD. Por decirlo un Rey, lo creo;
pues yo voy y los allano.

FARAÓN. Libres a todos os dejo;
sosegad al pueblo infiel.

ZABULÓN. Para morir me aparejo.

ABIUD. Ea, hijos de Israel:
la libertad aconsejo.

Éntranse los viejos. Dicen dentro: ¡Libertad, libertad!

LEVÍ. Pues presa a mi esposa tienes,
mandámela, Rey, soltar,
pues a honrarnos te previenes.

FARAÓN. Ésa no te puedo dar,
que la dejo por rehenes.

LEVÍ. Mándala quitar los hierros.

FARAÓN. Cuando tanto la regale
verás llanos esos cerros.

DATÁN. ¡Ah de la guardia; el Rey sale:
haced plaza entre esos perros!.

Dicen dentro: ¡Plaza, plaza!, y vanse el REY y los demás y queda LEVÍ.

LEVÍ. No tiene talle este aleve
de dejar de ser quien es;
ea, hebreos, Dios os mueve;
haced por vuestro interés
cada uno lo que debe.

Y si por faltar cabeza
que os gobierne enflaquecéis,
vaya aparte la flaqueza;
que algún valiente hallaréis
adonde hay tanta nobleza.

Yo estoy en esta prisión;
que bien sabe el Rey cruel
que es fuerte mi corazón;
libres sois: ¡viva Israel,
y muera el rey Faraón!

Vase LEVÍ, y salen AARÓN y MOISÉS.

MOISÉS. Segunda vez, Babilonia,
vuelvo a visitar tus calles;
segunda vez de tus muros
he visto los homenajes;
pero vengo con intento
no de verte ni de honrarte,

sino de vengar injurias
que injustamente te hacen.
Comisión traigo del cielo,
y Aarón mi hermano la trae,
para hacer en Egipto
mil prodigios y señales.
Ya me acuerdo cuando un tiempo
entré en un carro triunfante
por la famosa victoria
que en Sabá alcanzó mi alfanje.
Y ahora vengo, cual debo,
a honrar los de mi linaje,
que en infame servidumbre
entre mil prisiones yacen.
Hijos de Israel, dejad
a esos gitanos infames;
vuestro caudillo Moisés
os llama: salid y habladle.
AARÓN. A los viejos israelitas
mandé avisar que te aguarden
en este puesto, y se tardan.
MOISÉS. No tardan, pues que ya salen.

Salen ABIUD y ZABULÓN, Viejos cautivos.

ABIUD. ¡Oh valeroso israelita!
Si para que te señales
en nuestra defensa vienes,
Israel toda te alabe.
¿Qué comisión es la tuya?
Ya...
Que aunque te faltan las canas,
es bien que entre canas mandes.
ZABULÓN. Aquí nos maltrata el Rey
con castigos miserables:
si puedes sacarnos libres,
ya esperamos que nos saques.
ABIUD. Muestra famoso Moisés,
en nuestro favor tus partes;
que de tanta gentileza
cualquier bien puede esperarse.
MOISÉS. Mi comisión, nobles viejos,
es que os libre desta cárcel,
adonde el rey Faraón
tantos agravios os hace:
testigo es aquesta vara,
y el secreto que en sí trae,

de la comisión que traigo,
pues se ardía, sin quemarse.

Vengo por vuestro caudillo
con privilegios bastantes
para que deshaga Egipto
si Egipto me lo estorbare;
¿queréisme por capitán?

AARÓN. ¿Quién mas que mi hermano vale?

Amigos, ¡viva Moisés
para vuestras libertades!

ABIUD. ¡Viva Moisés, israelitas!

Hacedle el digno homenaje
que antiguamente Israel
ha hecho a sus capitanes.

... os pies vencedores.

MOISÉS. Nadie vencedor me llame

hasta que del mar Bermejo
sanos y libres os saque.

Y saldréis de Babilonia,
a do vivís miserables,
que de Madián, la fértil;

Dios a este efeto me trae.

Éntrense todos apellidando libertad. Dase la batalla dentro con muy gran ruido de cajas y armas, lo mejor que ser pudiere, y luego salgan todos los más cautivos que pudieren, hombres y mujeres y los vicios, y dice ZABULÓN:

ZABULÓN. ¡Viva el famoso Moisés,
por quien todos deseamos
la nueva Jerusalén!

ABIUD. ¡Él viva y todos vivamos!

AARÓN. Gracias al cielo se den.

ABIUD. ¡Viva, gran Moisés, tu espada
para nuestra redención!

AARÓN. Con esto queda acabada
la milagrosa elección
y corona derribada.

FINIS CORONAT OPUS

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

